

I. El Aprendiz

Ítaca

Cuando emprendas tu viaje a Ítaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.
No temas a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al colérico Poseidón,
seres tales jamás hallarás en tu camino,
si tu pensar es elevado, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.
Ni a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al salvaje Poseidón encontrarás,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no los yergue tu alma ante ti.
Pide que el camino sea largo.
Que muchas sean las mañanas de verano
en que llegues -¡con qué placer y alegría!-
a puertos nunca vistos antes.
Detente en los emporios de Fenicia
y hazte con hermosas mercancías,
nácar y coral, ámbar y ébano
y toda suerte de perfumes sensuales,
cuantos más abundantes perfumes sensuales puedas.
Ve a muchas ciudades egipcias
a aprender, a aprender de sus sabios.
Ten siempre a Ítaca en tu mente.
Llegar allí es tu destino.
Mas no apresures nunca el viaje.
Mejor que dure muchos años
y atracar, viejo ya, en la isla,
enriquecido de cuanto ganaste en el camino
sin aguantar a que Ítaca te enriquezca.
Ítaca te brindó tan hermoso viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene ya nada que darte.
Aunque la halles pobre, Ítaca no te ha engañado.
Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia,
entenderás ya qué significan las Ítacas.

Constantino Kavafis

Iniciando este camino de aprendizaje, queremos comenzar volviendo a la esencia de lo que implica aprender, su origen e integración en nuestra naturaleza humana.

Es importante poner de contexto que la capacidad de incorporar aprendizaje es una habilidad inherente al ser humano dada su condición de mamífero. En nuestro sistema cerebral existe una herencia transmitida desde hace más de 70 millones de años a través de los purgatorius, que fue la única especie que convivió con los últimos dinosaurios de finales del período Cretácico. Asimismo, los monos llamados antropoides -que en griego significa semejante al hombre- generaron aprendizaje hace más de 40 millones de años atrás. Posteriormente los homínidos, hace 35 millones; los póngidos (orangutanes, gorilas, chimpancés, etc), 25 millones de años atrás. Actualmente se conocen vestigios de la raza humana recién hace 10 millones de años.

Toda esta evolución de origen insectívoro, posteriormente mamífero placentario, fue transmitiendo genéticamente la capacidad binocular permitiendo percibir relieves, formas, distancias, etc. Y posteriormente, evolucionar las extremidades delanteras, de garras a dedos y uñas, permitiéndoles manipular objetos, construir, formar clanes y finalmente erguirse en sus dos pies.

La herencia entregada hasta el día de hoy en nuestro sistema cerebral es de una riqueza y abundancia infinita. *“Hace cien millones de años, al menos seis especies de humanos habitaban la Tierra. Hoy solo queda una, la nuestra: Homo sapiens”*, dice Yuval Noah Harari en su libro “De animales a dioses”. La autora nos deleita y desafía mostrándonos cómo es que hemos ido construyendo aprendizaje, transitando desde la supervivencia, hacia la recolección, la caza, la creación de principios divinos y, finalmente, la búsqueda de la tan anhelada felicidad.

Cerebro Reptil, Límbico y Neocortex

Si nos adentramos un poco más en nuestra estructura cerebral, podemos descubrir que en nuestra zona reptil del cerebro, llevamos el registro adquirido de lo que hoy son las funciones de nuestro sistema nervioso central (capacidad sensitiva integradora y motora). Nuestro organismo puede captar información tanto del medio externo como del interior del cuerpo. Esta información es procesada por el sistema nervioso y se utiliza para elaborar las órdenes que gobiernan su funcionamiento. El sistema nervioso central se hace cargo finalmente de nuestras funciones vitales que nos mantienen con vida día a día.

Derechos reservados

Prohibida su copia reproducción o copia

www.escuelafractal.cl - Las Hualtatas N°5570 - Vitacura - Santiago

De esta manera, así como el reptil al nacer debía arrancar para no ser devorado por su propia madre, nuestro sistema nervioso nos permite captar los impulsos externos permitiéndonos reaccionar, correr, respirar, etc. En otras palabras, tener la capacidad para lograr estar alerta, atentos a nuestro impulso (consciente e inconsciente) de supervivencia.

En nuestra zona límbica del cerebro llevamos el registro adquirido o incorporado de todo el mundo emocional. A través del tálamo, hipotálamo, hipocampo, cuerpo calloso, área septal, amígdala y mesencéfalo, heredamos la capacidad de registrar tanto en la memorización de experiencias e informaciones abstractas, como en la recuperación de recuerdos. Gracias a esta zona podemos dar órdenes emocionales a nuestro cerebro, regular nuestras emociones, experimentar una respuesta emocional aprendida y despertada por situaciones gatilladas por el exterior o a nivel interno.

De una manera más concreta podemos decir que el sistema límbico funciona como un discriminador de lo que merece o no merece ser aprendido, dada la emoción que gatilla aquello que se está experimentado como aprendizaje. Podemos aprender de acuerdo al estado de placer o disgusto que nos genere aquello que estamos aprendiendo.

Ahora bien, esto sería un regulador que podría tenernos bastante cómodos y felices con nuestro estado emocional y predisposición a aprender, desarrollarnos y crecer, pero dado que también tenemos respuestas emocionales aprendidas, es posible que pueda ocurrirnos que, por ejemplo, en el caso de haber incorporado como aprendizaje experiencias desde la emoción del miedo, esta emoción quede instalada en nuestro registro límbico y corporal, como una predisposición recurrente hacia todo aquello que esté en relación con la experiencia registrada en el pasado. De esta manera –como una reacción natural- tendemos a discriminar entre lo que juzgamos como positivo o negativo para nuestro desarrollo y crecimiento, muchas veces acertando, así como muchas otras veces, cerrándonos posibilidades valiosas y enriquecedoras dadas las posibles amenazas gatilladas por la emoción del miedo aprendida.

Volviendo al valor y poder de nuestro sistema límbico, es importante para nuestro contexto de aprendizaje conocer algunas distinciones fundamentales para validar en este camino de aprendizaje el mundo emocional.

El sistema límbico aprende por inmersión:

La palabra inmersión, proveniente del latín “inmersus” que quiere decir: “sumergir en el agua”. Asimismo, en la mayoría de las culturas y tribus asentadas sobre nuestro planeta, se asocia dentro de su cosmovisión al elemento agua como un principio femenino relacionado con las emociones. Por lo tanto, como seres humanos mamíferos, nuestra capacidad de registrar e incorporar aprendizaje

límbicamente no está en relación a la instrucción que recibamos, sino más bien a la experiencia en la cual nos sumerjamos.

Es muy difícil poder aprender la sensación de sentirse amado recibiendo una instrucción sobre aquello o recibiendo un concepto metafísico, por ejemplo: “todos merecemos ser amados”. Para aprender la emoción del amor necesitamos experimentarla, habitarla con todos nuestros sentidos, para finalmente incorporarla como un aprendizaje que quede instalado en lo más profundo de nuestro Ser. De esta manera, cuando un bebé está en contacto y apego con su madre, experimenta la sensación de calor y cobijo. Si es amamentado en consciencia y presencia plena por parte de la madre, estará también habitando la experiencia de placer y disfrute, de tomar y recibir del mundo lo que necesita, sin cuestionarse si “merece o no merece”; si “habrá, o no habrá alimento”, simplemente estará habitando, a través de todos sus sentidos en expansión, el registro de la experiencia de ser amado, desde el contexto de la ternura.

Rudolf Steiner, relata en su libro “La Antroposofía”: *“Un niño que no conoce la ternura, será un adulto que no conoce la confianza”*. Por lo tanto, no da lo mismo el contexto en el cual aprendemos...No da lo mismo la cualidad y calidad de la experiencia que estamos habitando para incorporarla como aprendizaje...No aprendemos lo mismo desde el miedo, que desde la confianza; desde la presión, que desde la ternura; desde la ansiedad, que desde la calma, el respeto y consciencia por los ritmos y los tiempos para habitar la experiencia de lo vivido, que posteriormente se incorporará en nosotros como aprendizaje.

Probablemente ya habrán escuchado la siguiente frase: “Es mucho más importante el contexto que el texto”. Poder abrirnos a la posibilidad de poner nuestra mejor intención y atención hacia los espacios emocionales que generamos, es una de las habilidades que, como seres humanos requerimos con urgencia para hacernos cargo al relacionarnos y vincularnos con el aprendizaje, con aquello que emprendemos...con el mundo y con la vida.

Regulación límbica

Nuestra naturaleza mamífera es sin duda el mejor ejemplo para mostrarnos esta capacidad. Sabemos que la oxitocina, conocida también como la hormona del amor, además de fortalecer el vínculo entre madre e hijo, permite que la madre genere conexiones neuronales que activan las glándulas generadoras de leche. Nuestro sistema límbico es tan perfecto y ha registrado tanto aprendizaje a lo largo de generaciones –a nivel inconsciente- que se ha demostrado que cuando el pequeño está enfermo, el cerebro de la madre activa nuevas conexiones a nivel neuronal que cambian los componentes de la leche para funcionar como un antibiótico natural. Este magnífico fenómeno no ocurre por instrucción, nuevamente es la poderosa inmersión vincular que genera esta realidad.

Muchas mujeres, que conocemos la maternidad, sumergidas en el mundo laboral, habitamos alguna vez el impacto de la separación al tener que dejar a nuestro pequeño en casa para volver a nuestras funciones. Además del costo emocional, sufrimos el costo físico al sentir que despojamos a nuestro hijo de su alimento (y de su madre) impactando nuestro nivel de producción de leche. Y recurriendo a la voz sabia de alguna abuela (que nos transmitió por ahí, la herencia de la tradición popular) y nos recomendó tener una foto de nuestro hijo a mano, para poder conectarnos con él y así poder sacarnos leche en cualquier lugar, lo más probable, muy inadecuado como contexto. En este caso, el contexto era el vínculo.

Otro ejemplo de regulación límbica que heredamos a través del aprendizaje es, por ejemplo la fiebre (hasta 38 en un adulto y 39 en un niño). Antroposóficamente hablado, el fenómeno de la fiebre ocurre cuando el sistema inmunológico, detecta que hay organismos ajenos dentro del sistema. Si estos organismos (virus, bacterias, etc) atentan contra dicho sistema, el sistema inmune comienza a trabajar. Sabemos que para que el sistema inmune funcione y cumpla su trabajo, debe cumplir con ciertos requisitos químicos que dependen del medio externo, tales como la alimentación, la capacidad para recibir oxígeno y temperatura adecuada, entre otros. No obstante, es sabido y validado también, que nuestro sistema inmune está en directa relación con el mundo emocional. La depresión, el estrés, la ansiedad y el exceso de control influyen directamente en nuestra tendencia a la enfermedad.

Cuando el sistema inmune está sano y activo, inmediatamente comienza a trabajar. ¿Cómo lo hace? El cerebro concentra todas las energías del cuerpo para potenciar el combate inmunológico a través de los glóbulos blancos. Para eso, debe disminuir el paso de energía hacia el resto de las funciones del organismo, mandándonos señales tales como, cansancio, falta de vitalidad, necesidad de dormir y recostarse. Síntomas a los cuales hemos llamado “decaimiento”. Al no escucharlos (o hacerles caso) el organismo necesita poner más energía. Ese trabajo energético genera calor y, por lo tanto, es necesario que suba nuestra temperatura corporal. Desde ese escenario, la señal de temperatura es un síntoma que avisa cómo nuestro organismo está fielmente haciendo el trabajo para sanarnos y restablecer la armonía del sistema.

Cuando somos niños, la fiebre cumple un rol más poderoso aún. Para Steiner, la señal de fiebre en un niño, es síntoma de un niño sano a nivel físico y anímico. Inmunológicamente, demuestra que está integrando en su registro interno experiencias de amor y confianza, reflejados en vitalidad y en la capacidad de responder espontáneamente hacia cualquier ataque hacia su sistema. Incluso, demostrando que luego de la fiebre hay crecimiento, producto del nivel de esfuerzo físico y anímico que el niño pone para auto sanarse. Gracias a la fiebre se genera aprendizaje.

La regulación límbica finalmente implica que, como seres humanos, podamos transformar nuestra naturaleza física/ biológica/química en función de nuestra

Derechos reservados

Prohibida su copia reproducción o copia

www.escuelafractal.cl - Las Hualtatas N°5570 - Vitacura - Santiago

supervivencia, mal estar o bienestar. La dirección de esa transformación dependerá de nuestra conexión emocional con aquello que estemos experimentando, la magnitud en la cual podamos permitirnos resonar límbicamente con otros y cuánto nos permitimos vincularnos con la vida.

Resonancia límbica

Nos encontramos aquí con una de las capacidades más maravillosas de nuestro sistema cerebral, o más aún, de nuestra condición como seres humanos: "Nuestros sistemas se sincronizan con el de otros".

La capacidad de aprendizaje incorporado ha permitido que, como mamíferos podamos generar un intercambio mutuo y de adaptación interna, permitiéndonos sintonizar con los estados internos del otro.

En el libro "The Wise Heart", el maestro budista Jack Kornfield relaciona la metáfora musical con la definición original de "resonancia límbica" que ofrecen los autores Lewis, Amini y Lannon en "A General Theory of Love". Correlaciona estos hallazgos de la psicología occidental con las doctrinas del budismo:

"Cada vez que nos encontramos con otros seres humanos y honramos su dignidad, ayudamos a quienes nos rodean. Sus corazones resuenan con el nuestro exactamente del mismo modo que las cuerdas de un violín sin tañir vibran con los sonidos de un violín cercano al que están tocando. La psicología occidental ha documentado este fenómeno del 'contagio emocional' o resonancia límbica. Si una persona llena de pánico u odio entra en una habitación, lo sentimos de inmediato, y a menos que seamos muy mentales, el estado de negatividad de tal persona comenzará a apoderarse de nosotros. Cuando una persona alegremente expresiva entra en una habitación, también podemos sentir ese estado."

Si reflexionamos sobre éste ámbito, la resonancia límbica es la posibilidad de generar empatía con otro, establecer vínculos, generar comunidad y construir equipo.

El liderazgo, por ejemplo, está en directa relación con la capacidad de un ser humano de generar un nivel de resonancia límbica tal, que despierta en otros un motor colectivo. La capacidad de generar involucramiento, compromiso y entusiasmo en un equipo, son fuerzas emocionales que conectan con el sistema de las personas.

Marcial Losada, creador del modelo de Equipos de Alto Desempeño en su investigación realizada durante más de diez años a diversos equipos para determinar las variables de su historial de éxito, denominó como "Conectividad" a

Derechos reservados

Prohibida su copia reproducción o copia

www.escuelafractal.cl - Las Hualtatas N°5570 - Vitacura - Santiago

la bipolaridad establecida entre tres variables: Indagación/Persuasión, Mundo Externo/Mundo Interno, Positividad/Negatividad. Cuando estas variables están en la correcta proporción -dado su modelo- el equipo florece; la fuerza colectiva del equipo entra en un campo de conectividad emocional en donde el talento no suma, sino que multiplica sus partes, generando su máximo potencial. Los talentos y habilidades individuales se potencian y expanden gracias al campo conectivo creado por el equipo.

Los grupos masivos son otro reflejo de resonancia, y así podemos ver cómo de pronto en un concierto de música, sentimos por un momento, que todo es posible, que estamos todos juntos. Lo mismo puede ocurrir de manera negativa. La histeria puede volverse colectiva, el miedo y la rabia también.

Comprender que construimos realidades, generamos resultados y realizamos acciones dependiendo del campo emocional en el cual estamos inmersos, es un pilar fundamental para predisponernos al aprendizaje transformacional. Reconocer y validar cuáles son las emociones que nos han acompañado recurrentemente en la vida, es uno de los primeros pasos para predisponernos a conocer e integrar en nuestro sistema nuevos registros emocionales en función de nuestros objetivos, sueños, bienestar y el cuidado de otros.

Neocorteza

El neocórtex o neocorteza es el resultado de una evolución de nuestra especie a través de miles de años. Se considera el área cerebral responsable de nuestra capacidad de razonamiento y del lenguaje, permitiendo el pensamiento lógico y la consciencia. Se trata del área del cerebro que permite todas las funciones mentales superiores y las funciones ejecutivas (especialmente localizadas en el lóbulo frontal). Se considera que el Yo y la autoconciencia se deben al funcionamiento de esta estructura. Asimismo, nos permite el análisis profundo de la información, la reflexión y la capacidad para tomar decisiones, memorizar a largo plazo, controlar la conducta y gestionar emociones.

Si bien el pensamiento y el lenguaje es lo que finalmente nos hace únicos como especie, diferenciándonos del resto de los mamíferos, permitiendo que la capacidad de aprendizaje se multiplique y cuantifique, generando resultados magistrales a lo largo de nuestra historia -principalmente en los últimos dos mil años, y más aún en los últimos doscientos- con el desarrollo de la ciencia y la tecnología, es un hecho también, que el desarrollo acelerado del aprendizaje orientado hacia esta zona del cerebro está generando una sociedad más desconectada de su mundo emocional.

El desarrollo en exceso de nuestra capacidad intelectual y reflexiva –e incluso incentivada a temprana edad- ha logrado como resultado poco movimiento a nivel corporal (capacidad necesaria para la incorporación del aprendizaje), así como también disminución de la empatía y de la vinculación espontánea entre las personas (resonancia límbica).

Derechos reservados

Prohibida su copia reproducción o copia

www.escuelafractal.cl - Las Hualtatas N°5570 - Vitacura - Santiago

¿Cómo volver a integrar todas nuestras dimensiones en la incorporación de aprendizaje? Es una de las inquietudes que hoy tienen al mundo con todas las ciencias, estudios e investigaciones dispuestas a ponerse al servicio de esa necesidad. De alguna manera, la exacerbación del dominio lingüístico, nos ha llevado a la tendencia de conceptualizar imágenes e ideas, a generar premisas sobre el vivir por sobre la experiencia del vivir y, finalmente, inhibiendo la posibilidad de imprimir en el lo más profundo de nuestro ser la experiencia aprendida.

Mitos y Arquetipos en el aprendizaje

Antes de volvernos cazadores, antes de la lanza y de que comenzara a gestarse con fuerza los arquetipos masculinos de poder, existía lo que conocemos hoy como matriarcado. Época en que los principios femeninos sustentaban la vida, la relación de las comunidades en torno a la naturaleza y el carácter sagrado que dichas comunidades le otorgaban a esta.

La conformación de las estructuras de liderazgo se realizaban mediante la observación e imitación de las reglas propias y orgánicas de la naturaleza, tanto en su flora como en su fauna. De esta manera, se ha descubierto por ejemplo, que la elección de la “mujer líder” de cada tribu, semejaba al comportamiento sistémico de las abejas: cuando la abeja reina muere, quien hereda su reinado es la abeja más joven del panal. Dado esto, el sistema completo del panal, trabaja y colabora para entregar sus conocimientos, protección y cuidado a la abeja pequeña, generando colaboración y cuidado de su especie. (Este sistema político, prácticamente perfecto, se conoce hasta el día de hoy en el comportamiento de un panal).

Para la cultura matrízica, la integración de los principios orgánicos de la naturaleza y el mundo animal, no ocurría por instrucción, ni mediante la observación objetiva y empírica del mundo externo, sino más bien gracias a la capacidad poderosa de resonar límbicamente con el entorno y el medio en el cual el ser humano habitaba. El respeto por el entorno abundante en el cual se asentaban, implicaba danzar armónicamente (sin intervenir) con los ritmos de cada estación y ciclo del año. De esta manera se fue gestando una cultura, cuya relación con el organismo vivo llamado tierra, fue transformándose en sagrado y de carácter absolutamente espiritual. De igual forma, el hombre “era” en comunión con la naturaleza. Honrar sagradamente cada organismo vivo era también honrar su propio ser.

Así, aparecieron los ritos, las danzas hacia el fuego...la lluvia...el alimento...el Sol y la Luna, que fueron identificándose en representaciones como imágenes divinas. Así parecen los dioses. Muchos siglos más adelante, luego de la caída del

imperio romano, se instala en nuestra cosmovisión la imagen de un Dios único y supremo que instala por primera vez en nuestra historia el concepto de religión.

Religión viene de la palabra en latín “Religare”, cuyo significado quiere decir: “volver a unir al Hombre con su esencia divina”. De esta manera, comienza una época del hombre en donde la relación con la espiritualidad se incorpora y se adquiere mediante una creencia de carácter metafísico, en donde se debe “acceder a lo divino” gracias a un trabajo de consciencia (no inconsciencia) con una estructura definida, dependiendo de cada religión. Características de pensamiento orientado hacia nuestra neocorteza.

(Lo que buscamos en estas páginas es comprender la manera en cómo hemos ido incorporando aprendizaje a nivel consciente e inconsciente a lo largo de nuestra historia de desarrollo y evolución como especie. Sin ninguna intención de cuestionar el ámbito de las religiones en las cuales se ha asentado su cultura).

Volviendo al relato, al instalarse un único Dios, cae la cultura de los dioses, sus ritos y, así también, la cosmovisión en donde la espiritualidad era una condición y estado habitado en la cotidianidad, inherente al ser humano enlazado a su entorno. Características de aprendizaje límbico.

La cultura matrística y las diversas épocas que transitamos como humanidad, han dejado un valioso registro en nuestro inconsciente colectivo, heredado y transmitido a través del mundo arquetipal, la simbología y los mitos.

El inconsciente colectivo contiene toda la herencia espiritual de la evolución de la humanidad, nacida de nuevo en la estructura cerebral de cada persona. Consiste en la suma de los instintos y sus correlatos, los arquetipos. De la misma manera en que todos poseemos instintos, todos también contamos con una reserva de imágenes arquetípicas.

Para Jung hay una memoria psicológica inconsciente similar a la memoria genética que se observa fisiológicamente, por ejemplo, con el llamado cerebro reptil, la glándula pineal y demás.

El inconsciente colectivo, hasta el punto en el que podemos decir algo sobre él, parece consistir en motivos mitológicos e imágenes primordiales, por lo que los mitos de todas las naciones son sus verdaderos exponentes. En realidad, la totalidad de la mitología puede considerarse una especie de proyección del inconsciente colectivo.

De la misma manera que las constelaciones fueron proyectadas a los cielos, figuras similares fueron proyectadas a las leyendas, a los cuentos de hadas o a personajes históricos. De alguna manera, todos registramos e incorporamos como aprendizaje arquetipos tales como “La madre”, “El Padre”, “La vida y la muerte”, “El bien y el mal”, “el Héroe”...entre otros.

El viaje del aprendiz

Joseph Campbell, en su libro “El poder del mito” reúne y analiza un sinnúmero de mitos, revelando a través de ellos un patrón que describe la aventura de la realización o individuación humana como camino. El viaje hacia la búsqueda de sentido, se puede desmembrar en una serie de hitos o “momentos” arquetipales, cada uno en relación a un relato mitológico. En su libro, el autor presenta los diferentes estados desde una perspectiva que hace muy comprensible la idea de “lo que nos pasa” al abandonar nuestra zona de confort.

La metáfora del viaje, se encuentra presente en todo orden de acciones, impulsos y decisiones conscientes e inconscientes en nuestra condición de seres humanos. Todo aquello que emprendemos tuvo de alguna manera, un viaje interior. La gestación de un proceso que deriva en una nueva oportunidad.

Asimismo, cada viaje requiere de un aprendizaje. El acto de gestar una nueva posibilidad implica necesariamente algo que aprender. Debemos sumergirnos en la exploración de nuevos territorios (así como Odiseo en el viaje a Itaca) para transformar en realidad la búsqueda. Así como aprendemos, probablemente tendremos, por ahí, algo que desaprender. De alguna manera, debemos “abandonar el muelle” para explorar la inmensidad del mar desconocido. Como Perséfone, atrevernos a entrar en el mundo subterráneo de Hades.

Campbell, en todas las culturas y tradiciones se encuentra el arquetipo del aprendiz desde variados senderos. Asimismo, señala que es posible en todos distinguir tres momentos:

El llamado. Momento en donde somos tocados por una inquietud, o algo que nos mueve a iniciar el viaje. Este llamado puede ser gatillado por un factor externo o interno, un deseo de algo, una necesidad que sentimos y que puede estar más allá.

Vientre de la Ballena o la Noche oscura de Alma. Momento en donde iniciamos la partida, enfrentándonos a lo desconocido. Dejamos atrás aquello que conocemos, nuestra zona de confort. Es en este lugar (el vientre de la Ballena) en donde el desafío es movernos, mirar las emociones que nos invitan a volver atrás y mirar qué necesitamos para avanzar. Puede ser con ayuda de otros, dejándonos acompañar, aceptándonos ciegos y/o tomando la mano de un lazarillo.

El Retorno o libertad del alma. Lugar en donde se conquista el llamado.

Y la bella pregunta es...

¿Cómo sabemos que hemos llegado?

¿Qué es aquello que anhelamos conquistar?

Imposible entonces no conectar con la bella frase de Marcel Proust: *“El verdadero viaje no consiste en conquistar nuevos territorios, sino en tener nuevos ojos”*.

¿Quién soy?, ¿De dónde vengo?, ¿Hacia dónde vamos? Son preguntas que probablemente todos nos hemos hechos en más de alguna oportunidad en la vida.

En el momento actual que vivimos, en donde casi todo está hecho, todo está dado, en donde los estímulos y posibilidades abundan, donde cada letrado que miramos nos recuerda que todo lo podemos y lo que no tenemos o podríamos tener, en donde el desarrollo tecnológico avanza en dimensiones que ni siquiera algunos alcanzamos a comprender. La crisis de sentido sigue pulsando y transformándose hacia la crisis de “Tener que poder”.

Es curioso comprender el fenómeno que a mayor conectividad tecnológica, extrañamente nos sentimos más solos. Paradójicamente, nos hemos transformado como especie, en sujetos de alto rendimiento, en donde tendemos a evaluar el nivel de éxito de una persona de acuerdo al nivel de demanda de tiempo y energía que tenga del mercado, al nivel de agenda llena. Si estamos muy ocupados, estamos siendo exitosos y si estamos muy apurados...también.

Para el contexto del aprendizaje transformacional, la invitación es a realizar un viaje profundo hacia el encuentro con el ser. Volver a recordar todo aquello que hemos aprendido durante millones de años. Re-aprender la contemplación, la capacidad de sentir y darle un nuevo giro a nuestra manera de vincularnos con el acto de vivir. Integrar a nuestras acciones, conocimiento y habilidades - conquistadas a lo largo de la vida- nuestra naturaleza humana por esencia amorosa. Ya lo dice nuestro querido maestro y doctor en biología, Humberto Maturana en su libro “El árbol del vivir”:

“El amor es el fundamento emocional que hace posible el surgimiento evolutivo de nuestro vivir humano en el origen del lenguaje. Es desde allí que los seres humanos somos seres biológicamente amorosos y nuestra identidad biológica-cultural es HOMO SAPIENS- AMANS AMANS.”

En un mundo en donde la crisis medioambiental nos alerta con urgencia sobre los recursos se están agotando; en donde los modelos económicos, políticos y sociales, no logran transformar los altos niveles de pobreza, hambre y enfermedad.

En donde el sufrimiento humano y la insatisfacción nos acompañan cada día. Un mundo donde manifestamos nuestras diferencias fundamentales (en nombre de Dios y el Amor) haciendo la guerra. La posibilidad de volver hacia nuestra sabiduría amorosa, podría ser la ventana que humildemente logre hacerse cargo de lo requerimos hoy en día.

Derechos reservados

Prohibida su copia reproducción o copia

www.escuelafractal.cl - Las Hualtatas N°5570 - Vitacura - Santiago

Volcar el amor hacia el conocimiento de nosotros mismos...nuestros recursos, saberes y dones, podría ser el primer paso.

Bienvenido el aprendizaje!!!

II. Enemigos del aprendizaje

De acuerdo a nuestra cultura y cómo hemos ido entendiendo el fenómeno del aprendizaje... este se puede constituir generalmente por alguien que enseña y otro que aprende, un maestro y un aprendiz. Alguien que sabe y otro que no sabe. Una escuela, universidad, nuestros padres o personas a quienes les damos autoridad porque juzgamos poseen algo que nos puede nutrir o dar herramientas que no tenemos. En ese contexto, aquello que juzgamos, tenemos que aprender, viene gatillado por algo externo. Otro que nos nutre.

De esta manera, iniciamos un camino. Uno que muchas veces es desconocido y es ahí, en donde a veces nos encontramos con ciertas brechas en el aprendizaje.

Hay ciertos enemigos en el camino, que muchas veces nos invitan a no querer aprender, actuando como mecanismos de defensa para quedarnos en lo que conocemos y dominamos para no ponernos en riesgo. Te los presentaremos aquí con la invitación a que te permitas mirarte en cada uno de ellos, reconociendo en qué momentos de tu vida puedan haberte visitado, con toda la aceptación posible. Aquí vamos!

1. Incapacidad de admitir que no sé

Podemos reconocer aquí a uno de los más comunes enemigos: reconocer o admitir que no sé. ¿Quién no ha estado alguna vez en una sala de clases, en donde el profesor pregunta: está claro?, inmediatamente la respuesta es un gran silencio o la tendencia a mirar hacia abajo con la intención de desaparecer o el impulso a responder un tímido sí, escondiendo un gran no sé, sintiendo un “uf!, me salvé”.

¿Me salvé de qué? ¿De la posibilidad de evitar la vergüenza de mi no sé? ¿Y cuál es el costo? Perdernos de la posibilidad de aprender algo nuevo. Esta tendencia nos puede llevar a la reflexión de cómo es que hemos aprendido a aprender. Generalmente, la educación occidental orienta los estilos de educación a premiar y reconocer “lo que sabemos”. Se imaginan la posibilidad, por ejemplo, de que en una sala de clases existieran más preguntas tales como: ¿De todo esto que explico, qué no se está entendiendo? ¿Qué no estoy mostrando bien, qué aún no está claro? ¿Qué necesitan de mí para que sientan que han aprendido?

Lo poderoso del fenómeno del aprendizaje, es que cuando logramos incorporar aquello que aprendemos, ya no somos los mismos de antes de haberlo aprendido.

Derechos reservados

Prohibida su copia reproducción o copia

www.escuelafractal.cl – Las Hualtatas N°5570 – Vitacura - Santiago

Tenemos una herramienta posible que nos permite accionar con mayor amplitud. Por ejemplo, podemos usar un computador para escribir, mandar mails, subir fotos, bajar música, etc. Pero, ¿qué posibilidades tiene frente a ese mismo computador un ingeniero informático, con aquello que sabe?, ¿Qué posibilidades distintas puede tener un diseñador, con aquello que sabe?, ¿Qué posibilidades ve en un computador un niño de siete años? (Probablemente más que algunos de nosotros)

Volviendo al punto, cuando aprendemos adquirimos una luz poderosa con la nueva distinción adquirida. De esta manera la declaración de ignorancia conlleva una luz poderosa también: la posibilidad de abrir la puerta al aprendizaje y, por lo tanto, a crecer.

De adultos, el mundo es más competitivo, los logros, el éxito y el reconocimiento se torna cada vez más relevante y aprendemos a sentirnos validados por todo aquello que sabemos y conocemos. Y de pronto, un almuerzo con amigos y familia, una reunión, una conversación de política, por ejemplo, se transforma en una discusión de saberes en donde sigilosamente la intención comienza a ser..."yo sé"

¿Pero qué pasa cuando nos enfrentamos a lo desconocido? ¿A algo nuevo? Nuestra tendencia recurrente es a enfrentarlo con aquello que conocemos manifestándose nuestra tendencia a "habitar en la verdad". Desde esta perspectiva podemos decir que el aprendizaje no solo es una habilidad neurológica, sino también un fenómeno emocional, "querer aprender" y la emoción necesaria para declarar la ignorancia.

¿Cuántas veces en el día un niño de tres años pregunta por qué? ¿Cuán disponible está para asombrarse de cada cosa que ve, huele y siente? ¿Cuánto aprende un niño en un solo día de vida? Y de adultos podemos preguntarnos ¿Qué nuevo he aprendido hoy? ¿Estuve disponible?

La ignorancia no es el opuesto del aprendizaje, al contrario, es la puerta, el punto de partida para aprender y solo podemos hacer esta declaración cuando reconocemos que hay algo que aprender.

2. La ceguera

Este enemigo resulta ser uno de los más fascinantes desde nuestra perspectiva y en la experiencia como formadores y eternos aprendices. Anteriormente hablábamos de la incapacidad de decir no sé y todo el poder que conlleva el re-aprender a declararla. En este caso, una cosa es "no saber" y otra cosa más

grande aún es “No saber que no sabemos”. Volvemos ciegos de nuestra ignorancia. Todos tenemos algún grado o tipo de ceguera.

Construimos el mundo que habitamos, con todo lo que sabemos, nuestra historia, nuestra cultura, valores, juicios maestros, hábitos y conductas. Todo ello es desde lo que conocemos. Sin embargo ¿cómo sería habitar en el mundo desde lo que no conocemos? Sería “otro mundo” distinto al que veo hoy.

Ahora bien, existen varios tipos de ceguera, por ejemplo, está la ceguera perceptiva, es decir, mis actuales órganos no me permiten vivir la experiencia de determinados fenómenos. Si he nacido sin olfato, hasta que no sea consciente que existe un fenómeno que se llama olfato, que permite percibir múltiples aromas, que esos aromas permiten conocer el mundo a través de ellos, que determinados aromas conectan con emociones diversas, que incluso algunas personas se enamoran del aroma de alguien...hasta que no sea consciente de que todo eso existe, vivo en la ceguera del mundo del olfato. Cuando soy consciente puedo decir, sé que existe pero no lo conozco, “no sé cómo es”.

Corporalmente también, si habito, por ejemplo, desde la contracción, me muevo en la vida y me relaciono con otros desde ese lugar con absoluta transparencia es decir “así es”. Soy completamente ciego de que existe otra posibilidad de habitar y relacionarme con otros. Desconozco cómo podría ser la expansión y el mundo que eso trae de la mano, hasta que descubro (gracias al aprendizaje) que lo que hago “no es que sea así” sino que se llama contracción, permitiéndome un rango de acción posible, y un mundo no posible. En ese momento, dejo de ser ciego de mi cuerpo, descubro que hay algo que mi cuerpo sabe y algo que no sabe...y puede aprender.

Existe también la ceguera cognitiva: mis paradigmas conceptuales y culturales no me permiten aceptar un determinado fenómeno, desde una concepción distinta a la mía. Por ejemplo, como soy astrónomo, niego la existencia de la astrología. Como soy católico, niego la existencia de la reencarnación. En una organización, el área comercial tiende a estar en disputa con el área operacional, dadas las cegueras que cada una tiene respecto de la otra.

El conflicto no está en nuestras cegueras, sino más bien frente al riesgo de instalarnos en el lugar de que nuestra perspectiva del mundo “es” el mundo, y desde esa perspectiva nuestra ignorancia, puede transformarse en arrogancia, negando experiencias imperceptibles para mí. Rechazo otros mundos distintos del mío. Niego a otros distintos de mí.

3. “No puedo aprender dado quien soy”

Con este enemigo del aprendizaje entramos en el dominio de los juicios y de la relevancia que tienen en nuestra capacidad de acción. “Me encantaría poder hacer eso, pero yo no podría”, “no soy tan inteligente”, “no bailo bien”, “nooo, yo no soy

del mundo emocional”, “soy fea”, “soy muy baja”, “soy muy viejo para eso”, “todavía soy muy joven para eso”.

Es algo así como que se manifestara una cierta incompetencia en nosotros dado que “Soy mujer, hombre, chileno, latinoamericano, extranjero, ingeniero, mamá, etc.”.

Cuando nos aparecen estos juicios, se van instalando como barreras, en nuestra columna vertebral haciéndonos creer que “es así”. Y que, por lo tanto, no podemos aprender, porque no soy digno de aquel aprendizaje, porque otros lo merecen, porque soy incompetente, por poner nombrar algunos como ejemplo.

El desafío está en partir por distinguir que aquello que siento que “soy” es un gran y poderoso juicio. (Y tan solo un juicio).

4. Querer tenerlo todo claro todo el tiempo

Este enemigo está muy relacionado con la emoción del miedo. El miedo desde el lugar del control. Quienes se reconocen en esta tendencia, o quienes sientan que han pasado por ahí en algún momento, podrán distinguir la desesperación que se siente en el estómago, las manos, la respiración cuando sentimos que no tenemos el control de los eventos o personas. “Si no controlo, me desarmo”. Desde este lugar, el llamado comienza a ser “volver atrás”, a aquello que conocemos y dominamos.

¿Pero cómo es posible el aprendizaje si controlo? Como lo hablamos anteriormente, el declarar ignorancia es aceptar la ignorancia. El controlar es entonces la incapacidad de aceptar que no está claro... Algunas frases relacionadas con este enemigo son por ejemplo: “Mmm puede ser, pero necesito más información”, “Ahh! Interesante eso que cuentas...” (y la pregunta inmediata): ¿Y, eso tiene que ver con el modelo de xxx?, ¿Cuánto dura esto? ¿Cuál es la malla? ¿Los contenidos? ¿Quiénes lo imparten? ¿Cuáles son sus estudios? Rápidamente, frente a algo nuevo, se manifiesta la necesidad instantánea de encasillarlo en algún patrón conocido, para así, pisar terreno seguro.

Y la verdad es que al aprender, lo hacemos en saltos, a veces cuánticos, otras veces avanzamos dos pasos y retrocedemos tres, otras veces sentimos que estamos estancados, sin ver resultados y de pronto, aparece una lluvia de aprendizaje incorporado, acompañado de una maravillosa sensación de asombro frente a la experiencias de “hacer” algo que antes no podía o desconocía.

¿Han visto gesto más hermoso que la cara de un hijo cuando se da cuenta que por fin está andando en bicicleta? ¡Asombro! Y cuando de pronto descubro que (no sé cómo) aprendí a decir basta, a pedir perdón, a llorar, a recibir. Y no sabemos cómo pasó, pero pasó.

5. “No tengo tiempo”

Este es un enemigo muy común en nuestros tiempos. Generalmente quisiéramos hacer muchas cosas, iniciar un curso, ir a clases de baile, ir al gimnasio, tener por fin esa anhelada conversa con la pareja, leer juntos un largo cuento con los hijos con todo el tiempo y la calma posible, tener tiempo para mí, viajar. Y nos encontramos con las siguientes frases: “Si no tuviera llena la agenda de la semana”, “si no fuera por el trabajo”, “si no tuviera hijos haría esto”, “soy esclavo del tiempo”...

Y la pregunta aquí vendría siendo:

¿Será que somos esclavos del tiempo? o ¿Será que elegimos darle prioridad a ciertas cosas y a otras no, porque juzgamos es lo mejor y más importante?

¿Cómo es que llegamos a no tener tiempo en la vida? ¿Cómo es que vamos eligiendo sentirnos como esclavos, dejando de regalarnos la posibilidad de aprender aquello que sentimos como un llamado?

Interesante es mirar la poca prioridad que le hemos ido otorgando al aprendizaje. Interesante resulta mirar también, cómo ha llegado a ser prestigioso hasta hoy el “estar muy ocupado”.

Si ponemos atención a nuestra corporalidad ¿cómo se manifiesta en nuestro cuerpo el “estar muy ocupado?”, ¿qué ritmo tiene?, ¿cómo se mueve? Y ¿qué es lo que se mueve de nosotros, al estar en un cuerpo que no tiene tiempo?

6. La Gravedad

Este enemigo tiene una actitud bastante imponente a nivel corporal. La presencia de alguien con este enemigo a la mano, generalmente es grande (a pesar del tamaño “real” de la persona) con tendencia a llevar la energía hacia abajo, disfrazado de un pecho sigilosamente inflado y el mentón levemente hacia arriba, ojalá mirando por el raballo del ojo.

“El grave” se siente inmediatamente cuando está presente. El tono de voz tiende a ser bajo y ojalá...bien lento y pausado, ya que todo lo que tiene que decir es muy relevante y trascendente, por supuesto, con un lenguaje difícil e incluso enredado. “Si no se entiende lo que digo es porque los otros no están a la altura de entender”. El grave no tiene tiempo para banalidades.

Generalmente, si el grave escucha algo (que pueda atentar contra todo lo que ya sabe) su tendencia será a desvalorizarlo, o contra argumentarlo con un argumento aún más complejo.

La gravedad rechaza lo simple, una explicación simple, podría ser explicación tonta. Aquí no hay mucho espacio para admitir un “no sé” y menos “la ceguera” aunque curiosamente, muchas cegueras pueden habitar en la gravedad. El grave tiende a vivir en la verdad o más bien en la gra-verdad.

Es importante aquí poner una distinción entre lo grave y lo serio. Un niño en su espacio de juego y disfrute del aprender, se encuentra en la absoluta seriedad y compromiso con su juego. Cuando juega al jardinero, no está trivializando, él ES el jardinero, desde toda su coherencia y no por ello, su juego deja de ser alegre, lúdico y simple. La gravedad tiende a temerle a la alegría, confundiéndola con falta de profundidad.

7. La trivialidad

Aquí nos encontramos con el opuesto complementario de la gravedad. Así como el grave huye de la simpleza y la alegría en el aprendizaje, el trivial lo hace de cualquier acto serio. En el mundo organizacional, por ejemplo, cualquier persona que esté comprometida y entusiasmada con su trabajo o algún proyecto, será para “el trivial” una persona que “se compró el cuento del tío”, “no se da cuenta de que está siendo manipulado”. Si alguien propone o innova en algo, para el trivial es un “chupamedias”.

La tendencia es a vivir en la desconfianza permanente del aprendizaje propio o de otros, a través de la descalificación, trivializándolo todo, quitándole el valor a lo que se quiere manifestar.

Una de las características más relevantes del trivial es que, a diferencia del grave, usa el humor como un gran aliado, pero ojo: siempre a costa de otros. El trivial nunca se ríe de sí mismo. Va disfrazado por la vida con el traje de simpático y bueno para la talla, sin darse cuenta que en el fondo la gente puede incluso llegar a temerle, inhibiendo cualquier cosa que quieran decir, proponer o manifestar con tal de no ser víctimas de la burla y la chacota.

Es por esto que este enemigo se encuentra en uno de los primeros lugares en la lista de los enemigos del aprendizaje, frenando el impulso por aprender que otros puedan tener.

Si nos detenemos a mirar las increíbles coherencias que se generan en la vida, podemos ver que, por ejemplo, en una sala de clases donde el profesor es grave, lo más probable es que nadie se atreva a preguntar, dado que la pregunta puede ser demasiado básica u obvia. Si tenemos un compañero trivial (siempre hay uno por ahí) la tendencia es a que tampoco opinemos, propongamos o manifestemos nuestra opinión por temor a que se rían de nosotros. Imaginen a un profesor en la trivialidad.

Pero ¿cómo podemos re-encantarnos con las ganas de aprender, si no existe la posibilidad de disfrutar (como un niño) con aquello que aprendo? ¿Cómo desafiarnos a descubrir senderos si estos deben ser difíciles y complejos?

Queremos invitarlos a hacer una nueva distinción entre la trivialidad y la gravedad, que es la liviandad. En esta última, existe el humor, la alegría, el sinsentido y la ridiculez hacia...nosotros mismos.

¡Qué más saludable en la vida, cuando aprendo a reírme de mi gravedad! Y qué más liberador que descubrir lo absolutamente ridícula/o que puedo llegar a ser cuando trato de tenerlo todo claro, todo el tiempo. ¿Cuánto aprendizaje puede haber en el aprender a reírnos de nosotros mismos?

Si logramos mirar con liviandad nuestras sombras, es porque hemos aprendido también a reconocer nuestra luz.

8. Confundir aprender con adquirir información

Hace unos años me encontraba en una conferencia en Buenos Aires y uno de los temas de los cuales se trataba la conferencia era el Triángulo Edípico. Por supuesto, nos recomendaron bibliografía en relación al tema. Fuimos a la librería y un amigo compró más de diez libros en relación al tema. La siguiente vez que nos vimos le pregunté cómo le había ido con la lectura. La respuesta se la podrán imaginar: "Ahí los tengo todavía, no he leído ninguno..."

Puede ser uno de muchos ejemplos, pero al hablar de este enemigo nos topamos con la necesidad de tener mucha información acerca de las cosas, de esta manera sentimos que sabemos. ¿Pero cómo es que llegamos a saber? ¿Cuándo podemos decir que hemos aprendido?

Podemos tener mucha información acerca de cómo ser padre. Fundamentos, teorías, relatos de experiencias de otros y finalmente ¿Cuándo es que realmente llegamos a saber? El saber está en la experiencia. Existen personas que tienen muy poca información y, sin embargo, un cúmulo de sabiduría.

Al contrario, otros poseen una información poderosísima y no necesariamente esa información se traduce en sabiduría.

Aldo Calcagni, Coach Ontológico y profesor de filosofía dice: *"Sabiduría tiene que ver con el arte vivir"*.

Si todo aquello de lo que nos hemos informado, no somos capaces de ponerlo en capacidad de acción, solo tenemos una gran maleta con poderosas afirmaciones acerca de la vida. Tenemos afirmaciones del árbol. Podemos describir mucho de él... ¿pero cuánto sabemos del árbol... en mi interacción con él?

Dicho de otra manera: podemos tener mucha información acerca de cómo andar en bicicleta y eso no garantiza mi dominio sobre aquel objeto en equilibrio con mi cuerpo, desafiando la gravedad. Sumémosle a eso el grado de pendiente y tipo de terreno por el cual transitaremos, bicicleta y yo. Nada que decir, solo nuestras rodillas se podrán acordar de cómo es que lo aprendimos.

Asimismo podemos decir, por ejemplo: conocemos el amor cuando experimentamos el acto del amor. Habitamos el amor, cuando experimentamos esa experiencia en la recurrencia. Aprendemos en la recurrencia de la experiencia.

9. El olvido del cuerpo

Todo lo anteriormente relatado, está asociado a este dominio. Seguramente, ya se estarán familiarizando con esta distinción: “Podemos decir que hay aprendizaje, cuando éste se ha incorporado” In- corpore (en el cuerpo).

Cuando el cuerpo aprende, en la recurrencia de la experiencia, es donde podemos accionar, es decir, hacer algo que antes no podíamos. Por lo tanto, tenemos un nuevo mundo disponible. Probablemente muchos de los que hemos aprendido a andar en bicicleta, difícilmente lo olvidaremos. Hoy es un movimiento transparente. El cuerpo recuerda exactamente qué tiene que hacer.

Asimismo, por ejemplo, un cuerpo que ha tenido que aprender el miedo, dadas las experiencias recurrentes frente a esa emoción a lo largo de su vida, la predisposición a la acción frente a determinados eventos, probablemente volverá a ser el Miedo. Dado que el cuerpo siente que tiene que hacer, “lo que aprendió”, incluso más allá de si la experiencia es o no peligrosa.

¿Qué hacemos frente a este fenómeno? ¿Estamos acaso encadenados a lo que ha aprendido nuestro cuerpo? Lo maravilloso es que no es así. De todos nuestros dominios en el plano físico (Cuerpo/ Emoción/ Lenguaje) el cuerpo es el que más disponible está al aprendizaje y el que aprende más rápido también. El cuerpo puede estar disponible a aprender a bailar salsa, y nuestros juicios a veces son mayores, apareciendo los enemigos ya citados “no puedo aprender dado quien yo soy”, “la gravedad” y “la trivialidad”, por ejemplo.

Otra distinción más fascinante aún es que el trabajo del cuerpo (en recurrencia) puede llevarnos a sentir nuevas emociones y desde esas emociones mirar los fenómenos desde una perspectiva diferente, transformando incluso nuestros juicios acerca de lo que observamos. En otras palabras, transformándonos en un nuevo observador del mundo.

Un cuerpo que trabaja el enraizamiento, de manera sostenida en el tiempo, poco a poco comienza a bajar su energía, que generalmente podría haber estado alojada en la parte superior del tronco y la cabeza, para comenzar a administrarla de manera armónica en todo del cuerpo. Esto lleva a la sensación de completitud

Derechos reservados

Prohibida su copia reproducción o copia

www.escuelafractal.cl – Las Hualtatas N°5570 – Vitacura - Santiago

para el coachee. Asimismo, la sensación de sentirse sostenido por los pies en la tierra, puede ir llevando a la sensación de confianza en sí mismo.

Sensación de confianza v/s pensamiento de confianza.

10. Ausencia del contexto emocional adecuado

Como ya lo hablamos, el camino al aprendizaje comienza a ocurrir cuando sentimos un llamado o algo que sentimos que hay que aprender. Para que esto ocurra necesitamos invocar una predisposición a la acción: la apertura. Abrirnos a la posibilidad de explorar, indagar, descubrir. Recibir aquello que se nos quiere manifestar. Dejar entrar aquello que está afuera para incorporarlo.

Asimismo, permitirnos mirar con los ojos del asombro aquello que se nos manifiesta como nuevo. El acto contrario de esta maravillosa capacidad, es la desconfianza o “sospecha”.

La sospecha tiende a una mirada con los ojos semi abiertos y el entre cejo arrugado, posiblemente con una mano en el mentón con actitud de análisis. El codo de esa misma mano podría estar también apoyado sobre la otra mano, doblada y cruzada, como abrazando el tronco.

Desde el lenguaje, posiblemente también, pensando “qué cuento me estará tratando de vender esta persona”. O si pudiera estar un poco interesante lo que escucha “mmm...qué interesante esta raza de personas que hacen eso, pero, siendo realista...”.

El “hay que ser realista” habla también de una tendencia a la rigidez a nivel estructural y por lo tanto, de una gran ausencia de apertura. ¿Cuánto nos hemos visto alguna vez en ese lugar? ¿Qué es lo que tiende a llevar a la rigidez en la vida? ¿Qué es lo que cuida?

Nuevamente aquí podemos encontrarnos con el miedo.

Por otra parte, podemos tener ganas y apertura al aprendizaje y, a veces, el contexto emocional en donde estamos aprendiendo nos limita. Es decir, el lugar y las metodologías de cómo aprendemos.

Por ejemplo, a nivel organizacional, uno de los quiebres recurrentes de los líderes es la falta de cercanía y confianza para con sus equipos. Ellos declaran: *“No sé por qué no confían en mí, si yo les digo que confíen”, “No sé por qué no me declaran sus necesidades, si yo les digo que lo hagan”, “me sé el nombre de sus hijos”, “celebro los cumpleaños y aun así, me sienten lejano”*.

Una posibilidad sería mirar el contexto en el cual se emiten esas declaraciones. ¿Desde qué emoción digo lo que digo? Si celebro los cumpleaños porque lo dice el manual de la cercanía probablemente, la reacción será la desconfianza. No hay un contexto emocional genuino para celebrar y reconocer al otro.

Si trabajamos desde la presión y el castigo, probablemente eso impacte en nuestro ánimo, por lo tanto en nuestra efectividad. Nuevamente, no hay un contexto emocional de respeto, y reconocimiento de nuestros logros que nos permitan sentir satisfacción y entusiasmo por lo que hacemos.

Podemos mirar también que las organizaciones que han pasado por fuertes crisis y han logrado trascenderlas, han tenido que abrirse a la posibilidad de admitir que hay algo que no se está haciendo bien y por ende... abrirse al aprendizaje, iniciar un nuevo sendero.

Así también, nos esforzamos por educar e inculcar valores en nuestros hijos y...resulta maravilloso preguntarnos, ¿desde qué lugar lo hacemos?

Por ejemplo: ¿Desde qué emoción enseñamos el respeto? Como hijos ¿desde qué contexto emocional aprendimos la responsabilidad? ¿Qué contexto emocional generamos en otros con nuestra manera de habitar?

11. No dar autoridad a otro para que me enseñe

En nuestra cultura hemos desarrollado serias dificultades para aceptar que otro sabe y que podemos aprender de él. Podemos ver aquí la mayoría de los enemigos del aprendizaje antes relatados.

Hemos desarrollado también una habilidad –bastante chilena, podríamos decir, una variante del “chaqueteo”- que consiste básicamente en negar las virtudes y capacidades del otro para no quedar tan mal parado al compararnos con esa persona. Negándonos así, la posibilidad de admirar a otro, disfrutar desvergonzadamente de los dones de aquellos que admiramos (silenciosamente) y nutrinos de esa experiencia. Buscamos entonces motivos para invalidarlos.

Ahora bien, sabemos ya que para aprender, primero debemos aceptar que hay algo que no sabemos, hablamos también del vientre de la ballena, y de la capacidad de habitar nuestras cegueras abriendo la posibilidad de que otro nos guíe. En otras palabras, paso a escoger a alguien que nos enseñe, porque juzgo tiene las competencias para hacerlo. A esta persona le otorgamos el rol de maestro y nos declaramos su aprendiz.

La distinción relevante aquí es que no escogemos un maestro, sino más bien “declaramos” a una persona como un maestro. ¿Y qué es lo que nos lleva a declararlo como tal?

Un aspecto relevante tiene que ver con “aquello que sabe”. Sin embargo, este es solo uno de los dominios que nos hace validarlo. Existen también otros aspectos más poderosos aún. Cuando declaramos a alguien como un maestro “elegimos” otorgarle Autoridad y Confianza.

La primera está muy asociada al poder. Reconocemos que esa persona tiene un grado mayor de sabiduría y posibilidad de acción en algún dominio determinado, por lo tanto, mayor poder de acción. El poder es un juicio que hacemos respecto de los conocimientos de otro en relación a mí. De esta manera se dice que conocimiento es poder. La segunda, está asociada al juicio de confianza hacia el otro. Me dejo llevar, me entrego a que me guíes. Elijo confiar y correr el riesgo de que otro me cuide...me enseñe, me desafíe, acompañándome en un determinado sendero.

Ahora bien...¿Cuánto debemos desafiar nuestro “chilenísimo chaqueteo” para atrevernos a aprender, dándole autoridad a otro? Tendemos a otorgarle la confianza a los que están por encima nuestro, bien arriba, es decir, es más fácil otorgarle confianza y autoridad a la Municipalidad que a mi vecino, al terapeuta que a mis amigos.

¿Cómo hacemos para confiar en quienes están al lado mío? Así también nos cuesta darle autoridad y confianza a quienes están más abajo nuestro o los sentimos como tal. Si soy neurólogo, cómo voy a escuchar el consejo de la señora del almacén con respecto a un problema con mi hija. Como soy gerente, le doy más autoridad y confianza al resultado anual del “Grate Place to Work” versus escuchar a mis colaboradores.

¿Cuánta autoridad le damos, por ejemplo, a una flor silvestre y nos declararnos su aprendiz en el dominio del acto de vivir? ¿Cuánto dejamos al mundo que nos enseñe?

Dejando de escuchar lo que nos quiere decir el mundo, dejamos también la posibilidad de ser aprendices. Es necesario hoy aprender la admiración y gratitud.

12. El amor a las respuestas

Este amor es el que hasta hoy tiene mucho prestigio y reconocimiento en nuestro sistema educacional....Son premiadas las respuestas correctas. Responda A, B o C. Y.... ¿Qué pasaría si se premiaran las bellas preguntas? ¿Las preguntas ingenuas? ¿Las poderosas?

Tenemos una frase bien recurrente cuando, por fin alguien aparece con una pregunta poderosa. Se lanza la pregunta...unos segunditos de silencio (solo dos) y viene la respuesta: “Es que lo que pasa...” La terrible frase justificativa que mata la pregunta y, por lo tanto, la posibilidad de entrar en una nueva reflexión acerca de algo. Es lamentable ya que es una puerta de aprendizaje más que se cierra.

Derechos reservados

Prohibida su copia reproducción o copia

www.escuclafactal.cl – Las Hualtatas N°5570 – Vitacura - Santiago

Hemos perdido el amor a las preguntas, uno de los dominios más grandes del aprendizaje.

La lista es interminable....te invitamos a que reflexiones acerca de otros posibles enemigos.

Francisca Gaete Zuñiga